NUM. 38. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 16 DE SETIEMBRE DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

Nápoles se encuentra ya en poder de Garibaldi y sus tropas, que entraron en aquella capital el domingo 9. Garibaldi se adelantó solo y entró sin acompañamiento: el dia 6 se habia retirado Francisco II á Gaeta, desesperado de poder prolongar por mas tiempo su situacion. Parece que quiso antes de partir enviar su escuadra á Trieste á disposicion del Austria como habia hecho el duque de Módena con su ejército; pero los marinos de la escuadra se negaron á marchar y toda ha caido en poder de Garibaldi á escepcion de los buques que condujeron al rey á Gaeta. El dictador, inmediatamente proclamó á Victor Manuel rey de Italia, y nombró ministro de la Guerra á su general Cosenz y ministro de lo Interior á Liborio Romano, el mismo que lo habia sido en tiempo del rey Francisco. De aquí se deduce que Liborio Romano al paso que se entendia con el rey estaba de acuerdo con Garibaldi, conducta que ha sido justamente anatematizada.

Pero ya los acontecimientos de Nápoles, previstos hace tiempo, inspiran poco interés: lo que llama hoy poderosamente la atencion, de tal manera se precipitan los sucesos, es la invasion de las Marcas y la Umbria (Estados Romanos) por el ejército de Victor Manuel. Hace pocos dias, al comunicarnos el telégrafo la entrada de Garibaldi en Nápoles, añadió que el conde de Cavour habia pasado una nota al cardenal Antonelli, ministro del papa, intimándole que disolviese el ejército mercenario formado por Lamoriciere, y amenazándole de lo contrario con llevar la guerra al territorio pontificio. Para sostener su amenaza se formó un cuerpo de ejército en las fronteras de las Legaciones á las órdenes del general Cialdini, y los partes telegráficos dijeron que se esperaba el *ultimatum* de Roma para poner en movimiento á este ejército en uno ú otro sentido. Pero no habia tenido tiempo de llegar este ultimatum á manos del gabinete de Turin, cuando ya se nos anunció que las tropas sardas habian entrado en las Marcas; que de esta provincia y de la Umbria se habian presentado diputaciones á Victor Manuel poniéndose bajo su proteccion y que el nuevo rey de Italia habia aceptado esta proteccion, puéstose á la cabeza de su ejército, y dado una proclama guerrera.

Unos creen que este protector cuenta á su vez con la proteccion de Francia y otros juzgan que con la proteccion de Inglaterra para la comenzada invasion: lo probable es que cuente por lo menos con el asentimiento y aquiescencia de ambas. La invasion hecha por Victor Manuel es una garantía de que el papa y los franceses conservarán á Roma y Civita Vecchia sin colision entre franceses é italianos, al paso que hecha por Garibaldi, no habia lugar á esta garantía.

Segun algunos periódicos, las potencias católicas han mirado con disgusto la agresion de Victor Mauuel contra los Estados Pontificios; pero hasta ahora este disgusto no se ha manifestado por actos muy trascendentales.

En Siria el comisionado del divan Fuad-Bajá ha hecho gran número de prisiones y ahorcado, fusilado y empalado á algunos de los cómplices en los asesinatos y saqueos; pero ni tiene confianza en sus tropas, mal pagadas, ni dinero para satisfacerles los atrasos, ni fuerza bastante para contener en ellas la insubordinacion y en las poblaciones musulmanas la irritacion que estos castigos causan. Los mas comprometidos se retiran á los montes y allí organizan la resistencia y predican la guerra santa.

Mientras estos dos dramas, el de Italia y el de Siria, se desarrollan á la vez en distintos teatros, en España las autoridades y corporaciones disponen festejos, iluminaciones, fuegos artificiales, bailes, obsequios, para celebrar la escursion que está haciendo la córte por varias provincias.

El 9 á las nueve de la mañana, segun anuncio de la mayordomía mayor de Palacio, fue el dia señalado para la partida.

A las diez y media salieron en efecto las régias personas en un tren especial que hizo su primera parada en Aranjuez.

«S. M. y la real familia, dice un corresponsal, han hecho el viaje con suma comodidad. La empresa del ferro-carril habia tenido la delicada atencion de unir por medio de puentes al wagon real otros dos wagones, que forman por dentro dos espaciosas salas, en las cuales iba toda la servidumbre, cerca de SS. MM. En el coche salon iban con la real familia la duquesa viuda de Alba, la marquesa de Malpica, el presidente del Consejo de ministros y la azafata de guardia; en el salon inmediato, forrado de seda azul, se hallaban el conde de Balazote, marqués de Alcañices, el confesor de S. M., el general Lemery, intendente de palacio y gobernador de la provincia: el otro salon, forrado de terciopelo carmesí, era el destinado para las señoras azafatas y camaristas, médicos de S. M., coronel Magenis y algunas otras personas.

»Mientras S. M. se detuvo en Aranjuez á oir misa y almorzar, se sirvieron fiambres á la servidumbre.»

Satisfechas asi las exigencias de la religion y del estómago, continuó el viaje; y el tren ya no se detuvo sino breves instantes en las principales estaciones, hasta que llegó á Albacete á las nueve y cuarto de la noche.

Hablando del entusiasmo manifestado en la carrera dice un cronista semi-oficial:

«El entusiasmo, ha sido inmenso. Las principales señoras de los pueblos del tránsito corrian cargadas con bateas de dulces y refrescos á ofrecerlos á SS. MM., y los hombres seguian el tren victoreando y corriendo hasta perderlo de vista.»

El dia 10 salieron SS. MM. de Albacete á las nueve y media de la mañana despues de haber oido misa en la iglesia de las Justinianas y recorrido la carrera que estaba toda adornada de vistosas colgaduras y llena de gente.

El entusiasmo desde Albacete á Alicante parece que fue en aumento segun el corresponsal de quien tomamos estas noticias. Véanse sus palabras:

«El entusiasmo con que la poblacion ha despedido á la reina, ha sido indecible. El puente que forma el paso superior de los desmontes á la salida de la ciudad, estaba lleno de gente que victoreaba con locura á la real familia.

»En Almansa y en Caudete habia, como en las anteriores estaciones, músicas de aficionados, y en la última vistosas comparsas de turcos, andaluces y de otros muchos trajes, con una muy vistosa á la española de tiempo de Felipe IV, con su caterva de alguaciles.

»En Sax arrojaron multitud de palomas y pájaros engalanados con vistosas cintas, y presentaron á SS. MM. ramos, flores, refrescos y dulces, siendo el entusiasmo estraordinario.

»Las gentes no se limitaban á victorear, sino que hacian toda clase de demostraciones de alegría.

»En Monovar, donde asimismo habia acudido la gente de San Roque, hubo un verdadero frenesí. Presentaron dulces, flores, palomas y bandas de encaje en preciosos canastillos de mimbre, llevados por lindas niñas graciosamente vestidas al uso del país.

»La poblacion de Monforte, que no tiene estacion, salió á la vía en un sitio estremadamente pintoresco, y estuvo no menos obsequiosa que las anteriores.

»En suma, hasta la llegada á Alicante, los reyes han recorrido su camino lleno de gente enloquecida por el honor que recibia.»

A las cuatro y media de la tarde llegó el tren real á Alicante. Las autoridades de esta ciudad habian publicado un magnífico programa de festejos y hecho preparativos estraordinarios; pero la córte no se detuvo allí sino pocos momentos y se embarcó en la misma tarde para las Baleares á donde llegó sin novedad. Luego que tengamos noticias oficiales ó semi-oficiales de lo ocurrido en alta mar y en las islas proseguiremos la narracion del viaje, ateniéndonos á los datos citados y á los que se nos suministren por conductos fidedignos para que nuestros lectores no carezcan de estos interesantes pormenores.

El teatro de Jovellanos ha puesto en escena con buen éxito la *Hija del Regimiento*, traduccion bastante correcta de la ópera conocida con este nombre. La Ramos ha gustado mucho en esta zarzuela y sido aplaudida con entusiasmo: ramilletes y flores caian á sus piés en algunos pasajes de efecto. Salas como siempre, bien en la declamacion como en el canto. La Lesen no tiene un papel de gran lucimiento; pero lo desempeña con inteligencia; Salces está indispuesto y hay que dispensarle hasta que recobre la claridad de la voz.

Ayer debió comenzar el Príncipe sus funciones: y se habla de otra compañía formada por Arjona y la Rodriguez que trabajará en otro local acerca del cuál no se ha fijado todavía la empresa.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Nació en Ratisbona, Alemania, el año de 1546 y debió el ser al emperador Cárlos V y á una señora noble de aquel país llamada Bárbara Blomberg. Educóse bajo la salvaguardia de Luis Quijada, persona de relevantes prendas al servicio del Emperador. A la muerte de este, vino don Juan á España de tiernos años y fue recibido por su hermano Felipe II con singulares muestras de aprecio. Pensóse en destinarle á la carrera de la iglesia, pero su carácter é inclinacion hicieron desistir pronto de esta idea y entregado á otra clase de estudios y dado á todo género de ejercicios de armas y caballos, llegó á ser uno de los mas apuestos caballeros en justas y torneos.

No deseó mucho tiempo la ocasion de mostrar prácticamente sus disposiciones para la guerra. Los corsarios berberiscos y turcos infestaban los mares de Levante; nombrósele almirante general, y haciéndose á la vela en Cartagena con treinta y tres galeras, limpió los mares de piratas y regresó victorioso á la córte.

Por aquel tiempo, mal contentos los moros que despues de la rendicion de Granada habian quedado avecindados en España, levantaron el estandarte de la rebelion acaudillados por don Fernando de Valor, jóven de grandes cualidades, descendiente de los reyes de Córdova, á quienes aclamaron rey con el nombre de Aben-Humeya.

Despues de varios encuentros y batallas en que fueron vencidos por los marqueses de los Velez y de Mondejar todavía los moriscos rehechos y engruesando sus filas se preparaban á nuevas campañas y tenian el país en completa alarma. Entonces fue cuando Felipe II envió á don Juan, jóven de veinte y tres años á hacerse cargo de todos los negocios de la guerra.

Se habian fortificado los moros en el fuerte de Galera, al parecer inespugnable por la naturaleza y por el arte. Dióse el primer asalto y los cristianos fueron rechazados con pérdida de cuatrocientos muertos y quinientos heridos. No se desanimó por esto el jóven caudillo, antes acudiendo de nuevo á recobrar el honor de las armas, tomó el pueblo pasando á cuchillo á todos sus defensores. Ganó despues á Seron en cuyo punto fue herido mortalmente su ayo y maestro Luis Quijada, de cuyas resultas falleció pocos dias despues.

Venció á los moros en repetidos encuentros, tomándoles algunas plazas y reduciéndolos á la obediencia se firmaron las paces por ambas partes, con gran satisfaccion del rey que vió en la primera campaña de don Juan las altas prendas que le adornaban así para los negocios de la paz como para los de guerra.

Un campo mas vasto se le iba á ofrecer en donde pudieran sus grandes facultades desarrollarse y colocarle á la altura de los primeros hombres de su siglo. Los turcos mandados por Selim II con una armada de doscientos cincuenta bageles tomaron á Nicosia en la isla de Chipre y luego á Famagosta.

Los venecianos despojados de Chipre, aprestaron una armada y en union con el papa, acudieron al rey de España para que como aliados acometiesen las tres naciones la gran empresa de destruir á los turcos, puesto que si conservaban á Chipre se iban á enseñorear del Mediterráneo. Se ajustó un tratado entre las tres naciones, aprestáronse tres armadas que en agosto de 1571 se vieron reunidas en Mesina. Mandaba la veneciana el famoso Andrea Doria, la del pontífice Juan Antonio Colona y la española don Juan de Austria, con el mando supremo de las tres en todos los actos de la guerra. Se componia nuestra escuadra de ochenta galeras y ventidos navíos en los que iban ventidos mil soldados de infantería.

Atento el gran Turco á todas las disposiciones de los cristianos, disponia en Constantinopla una poderosísima armada para que en union con la que habia ganado á Nicosia y Famagosta y al mando del almirante Alí, saliese en busca de los cristianos, con órden de atacarles donde quiera que los encontrase.

Componíase la armada del turco de doscientas veinticinco galeras reales, sesenta galeotas y otros bageles menores con cincuenta mil hombres de combate. La de la liga contaba doscientas tres galeras reales y seis galeazas en las que venian ocho mil españoles, once mil italianos y tres mil alemanes.

El 7 de octubre de dicho año se avistaron unos y otros en el golfo de Lepanto. La línea de los cristianos compuesta de ciento sesenta galeras de frente, estaba mandada por Doria, Barbarigo y don Juan de Austria, el primero el ala derecha, el segundo la izquierda y el último el centro. La retaguardia compuesta de treinta galeras, estaba á las órdenes de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. Dispuso el turco la suya en forma de media luna, colocando su capitana tambien en el centro y frente de la nuestra. Recorrió don Juan toda su línea en un esquife, animando á los soldados que le recibian con aclamaciones. Seguidamente se dió la señal de ataque, que fue porfiado, tenaz y sangriento, peleando cada buque con el que tenia en frente, y en casi todos al abordaje. La capitana turca auxiliada de siete galeras atacó á la cristiana, en cuyo socorro acudió Santa Cruz con otras siete. Trabóse un combate parcial, en que tan pronto se avanzaba como se retrocedia por ambas partes, peleando Alí y don Juan como capitanes y soldados, segun lo requería la necesidad del momento. La capitana de don Juan, mas feliz en una maniobra, llega á la turca al abordage y los españoles mandados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cárdenas y don Miguel de Moncada, destrozan cuanto se les pone por delante. Alí corre furioso á todas partes animando á los suyos y conduciéndoles á donde amenazaba el peligro, hasta que cayó muerto de un arcabuzazo; entonces los españoles echan abajo el estandarte real turco, enarbolan en su lugar una cruz, cortan la cabeza á Alí, levántanla en una pica, embisten con redoblada furia á las demás galeras y las destrozan y echan á pique en pocas horas, quedando la victoria y el mar por don Juan de Austria.

Hemos visto en el archivo de Simancas la carta autógrafa que el victorioso general escribió á su hermano Felipe II. Dice así:

«Señor:

Vuestra Majestad debe dar y mandar se den en todas partes infinitas gracias á nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque V. M. la entienda toda como ha pasado, demás de la relacion que con esta va, envío tambien á don Lope de Figueroa para que como persona que sirvió y se halló en esta galera, de manera, que es justo V. M. le mande hacer merced, signifique las particularidades que V. M. holgare entender; á él me remito en todas ellas por no cansar con una misma lectura tantas veces á V. M.

Queria ahora seguir esta fortuna que Dios nos ha dado en la buena de V. M. y ver si se pudiere ganar á Lepanto, que cierto es aquel golfo importante; y cuando no, emprender otra cosa de las que el tiempo y estado en que me hallo diere lugar. Esto no tengo aun acabado de resolver por lo mucho que hay á que atender en rehacer esta armada, que cada dia se descubre mayor daño y otras cosas sin las cuales no se puede ni debe pasar adelante; pero mañana placiendo á Dios nuestro Señor, sería posible haber acabado con la mayor parte y estar listo para partir, á do parecerá, otro dia á la noche; de todo lo que sucediere daré de mano en mano á V. M. la cuenta que debo; y porque no se dilate mas esta venturosa nueva despacho desde luego á don Lope no dejando de traer á la memoria de V. M. el sugeto en que Dios le ha puesto de estender hasta por acá su grandeza con no mayor dificultad que atender sin perder tiempo á levantar gente, armar galeras, pues no faltarán, y á prevenir para el verano que viene dinero y vitualla. Todo lo cual creo yo que llegará á ser mas fácil que por lo pasado y de tanto servicio de V. M. y aumento como digo de su grandeza que venga á conocerse fácilmente el cuidado que Nuestro Señor tiene de ella, á quien hago testigo que desearla yo, mas que nadie, me mueve á acordar esto; á don Bernardino de Cárdenas mataron en esta galera haciendo lo que debia á la obligacion con que nació; deja segun tengo entendido muchas deudas y aquí un hijo natural; con todo esto es justo que V. M. mande tener cuenta, pues todo al fin resulta despues en su servicio. Hay tambien otras personas de que voy haciendo memoria, demás de las que van en la que lleva don Lope que verdaderamente han servido y merecido toda merced, y es esta de las ocasiones, como V. M. mejor sabe, en que cada uno mira lo que se hace con el otro, que supo y aventuró á señalarse. Aquí hay ahora estos dos príncipes que el de Parma fue de los primeros que entró y rindió la galera con que invistió, está Pablo Jordan Urcino, el duque de Mondragon y otros señores vasallos y servidores de V. M., á quienes si V. M. fuere servido, deberia mandar escribir agradeciéndoselo; lo mismo á los generales, que cierto lo merecen y á otros ministros que aquí tiene V. M., á quien suplico me perdone lo que acuerdo, pues así conviene á su Real servicio, ni yo puedo escusarme de corresponder con la obligacion en que soy á los que sirviendo á V. M. cerca de mi persona aciertan á hacerlo tan bien como los que propondré siempre. Yo gracias á Nuestro Señor he quedado bueno y sin ser nada una cuchillada que recibí en un tobillo sin saber bien cómo. El guarde y prospere á V. M. con el aumento que yo deseo y todos tenemos menester. Amen. De galera sobre el puerto de Petela en el golfo de Lepanto á 10 de octubre de 1571. =D. V. M.=Hechura y mas humilde servidor que sus Reales manos besa.=D. Juan de Austria.»

El rey escribió de su puño al márgen de este documento.

«Esta carta pueden ver ahí los tres y paréceme que es bien que se escriban luego con este primero las que aquí dice, y á mi hermano será bien escribir luego que procure se armen las mas galeras de las que se han tomado que se pudiere, y que avise lo que en ello se hiciere.

»Tambien se escriba á don Juan de Zúñiga, que lo que se debe de encaminar para el verano es que haya muchas galeras y muy buena gente en ellas, que lo de caballería y naves si no son algunas para vituallas, es cosa de aire y ocasion para que no se haga nada conforme á lo que escribe su hermano que dice muy bien en ello, y por sí él se hallase en Roma se le puede escribir una palabra remitiéndose á lo que se escribe á su hermano y dándole las gracias de todo.»

Quedaron en poder del vencedor tomadas al enemigo ciento setenta galeras reales y veinte galeotas, habiéndoles ademas quemado y echado á pique de veinte y cinco á treinta. Murieron treinta mil enemigos, se hicieron diez mil prisioneros y se dió libertad á quince mil cautivos y esclavos de varias naciones.

Entre las varias personas de calidad que pelearon en la armada de la liga, merece particular mencion el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, que servia en clase de aventurero y el inmortal Cervantes de simple soldado, recibiendo dos arcabuzazos en el pecho y otro en una la mano que le dejó manco.

Este combate tan célebre y de tanta importancia como los de Platea y Salamina, no dió sin embargo todo el fruto que pudiera haberse sacado de él, á causa de que las desavenencias que nacieron entre los principales cabos de la liga y la consideracion de hallarse en el invierno, estacion la menos á propósito, estorbaron la persecucion y completo esterminio de los turcos.

Hasta 1573 no se ofreció á don Juan ocasion de conquistar nuevos laureles. Este año pasó con una fuerte armada á las costas de Africa y conquistó la plaza de Túnez y el fuerte de la Goleta. Fortificó ambos puntos y dejando en ellos guarnicion de españoles, dió la vuelta á Nápoles. Esta conquista fue sin embargo de poquísimos resultados, pues apenas se ausentó don Juan se lanzaron los turcos sobre la plaza y el fuerte y los reconquistaron, perdiéndose la guarnicion española. El rey recibió en Madrid á su hermano y le envió á Flandes en reemplazo de don Luis de Requesens. Estaban aquellos Estados sometidos á la obediencia del rey de España, pero no recibieron á don Juan sino despues de hacer salir á todos los soldados españoles con cuya indispensable condicion, que aceptó el rey, prometian la obediencia y mantener la religion católica. Firmáronse las capitulaciones y los soldados victoriosos en tantos combates, tuvieron que abandonar el teatro de sus glorias, dejando abandonados á sus enemigos las plazas y fuertes que con tanta sangre habian conquistado. No se comprende cómo un político consumado como Felipe II pensase un solo momento que aquel país oprimido tanto tiempo por un enemigo que habia entrado en él á sangre y fuego, le iba á prestar pacífica obediencia, rotas las cadenas que le oprimian.

Apenas don Juan de Austria se encargó del gobierno, comenzaron los descontentos á urdir tramas, á desprestigiar su autoridad y promover revueltas que no podian ser castigadas. Viendo, pues, amenazada su vida en pasquines y anónimos, se salió de Bruselas y dirigiéndose á Namur, se hizo fuerte en su castillo con algunos soldados y personas de su devocion que ascendian á unos cuatro mil. Esta fue la señal del rompimiento, los Estados de Flandes reunidos en Bruselas, trataron de darse un nuevo gobernador y desatendiendo los justos títulos del príncipe de Orange, tantos años su general en las guerras sostenidas contra España, nombraron al archiduque Matías, quien llegando á Bruselas se hizo cargo del gobierno, siendo el de Orange su teniente.

Entre tanto las tropas españolas que habian salido de Flandes, recibieron órden de regresar á aquel país para sostener otra vez la guerra. Ascendia el ejército á unos diez y ocho mil hombres, siendo mayor el de los contrarios. Don Juan dió las órdenes para marchar en su busca al propio tiempo que Coigny, general del ejército enemigo venia ya á su encuentro. Tuvo este lugar en Gemblours. Colocóse don Juan al frente del cuerpo principal llevando á su lado á Alejandro Farnesio. Iban en la van-

guardia los arcabuceros, flanqueados por la caballería y á corta distancia cuerpos de infantería con lanzas; en el centro iban arcabuceros y piqueros españoles y alemanes. En el estandarte de don Juan se leia en una cruz. *Con esta señal vencí á los turcos: con esta venceré á los hereges.*

Caminaban los enemigos por un terreno fangoso que embarazaba su marcha, lo que apenas observó don Juan, dió órden á Alejandro Farnesio para que los atacase; desordenados los primeros cuerpos, retrocedieron poniendo en confusion á su centro y retaguardia; entonces ya generalizado el ataque, fueron envueltos y rotos por los españoles sin casi haberse podido defender. Ascendió su pérdida á diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, contándose en este número el general en jefe. Dejaron en el campo treinta y cuatro banderas y toda su artillería y equipaje; pero la guerra continuó sin embargo mas encarnizada, y como los socorros que recibió de España no eran suficientes ni con mucho para la pacificacion de aquellos paises, pidió repetidas veces al rey le relevase del mando, enviándole á sitios de mas peligro. Vanos fueron sus ruegos; Felipe II dando largas á su deseo, jamás accedió á su peticion y esta contrariedad y los afanes contínuos de una guerra sin tregua ni descanso, le postraron en el lecho y espiró junto á Namur el 1.° de octubre de 1578.

En el archivo de Simancas hemos visto algunos documentos sobre su muerte que copiaremos al pié de la letra. Gonzalo Vallejo, de la servidumbre de don Juan, desde Namur á 7 de octubre de 1578, escribe al secretario Antonio Perez: «Murió á 1.° de este á las dos de la tarde. Antes que perdiese el juicio llamó al príncipe de Parma, Alejandro Farnesio y en presencia de los del Consejo y maese de Campo, le encomendó el gobierno de este ejército, hasta que S. M. otra cosa ordenase y pidió á los presentes le tuviesen en el lugar de su misma persona; quisieron que firmase este ruego porque venia por escrito, pero no pudo por venir tarde. Fue depositado á los 3 de octubre en la iglesia catedral de esta villa de Namur, cumpliéndose con lo que los Estados han dicho siempre llamándole Juan de Namur (1). Su muerte fue en el fuerte, á una pequeña milla de esta villa. Salió á las tres de la tarde sacándole caballeros sobre unas andas cubiertas de tela de oro. Vestido galan y armado y sobre las armas el collar del Toison, en la cabeza un bonete de raso carmesí y encima una corona de tela de oro todo cubierto de perlas y diamantes y las manos puestas con sus sortijas. Iba toda la clerecía y frailes y tres obispos. En saliendo de casa le tomaron en hombros á trechos los entretenidos. Llevóse por todos los cuarteles de españoles y alemanes y en llegando á cada cuartel le tomaron los capitanes con las mayores lágrimas y llantos que se podria creer. Llegado el cuerpo á las puertas de la villa le tornaron á tomar hasta la iglesia los caballeros y entretenidos. Púsose como le traian sobre un teatro para que le viesen despues de dichas las oraciones y luego le pusieron en un ataud de plomo, desarmado y con los vestidos y su espada y luego en la bóveda que se hizo junto á las gradas del altar mayor.»

Él padre Orantes, su confesor, escribió al rey desde Namur la muerte de don Juan diciendo entre otras cosas «que le habia manifestado vehementemente su deseo de que sus huesos descansasen al lado de los de su padre y que queria dar á entender al mundo, que pues en la vida no habia sido religioso, que era la voluntad de su padre, en la muerte cuanto era de su parte lo queria ser, no se acordando de cosa que tuviese en la tierra, pues todo era de su hermano el rey, á quien suplicaba solamente se acordase de sus criados y de su madre, la cual él reverenciaba y estimaba, concluyó S. A. diciendo: *¿el que en la vida no tiene un palmo de tierra que sea suyo, no es justo, padre mio que desee anchuras en el cielo?*»

. . . . . .

«El miércoles de mañana que fue el dia de sus tránsito, hora y media antes del, le pregunté si queria oir misa y haciendo señal con la cabeza dió á entender que sí y al tiempo de elevar el corpus, los caballeros que estaban á su cabecera le advirtieron dello y aunque tenia ya cuasi quebrados los ojos y sin juicio, teniéndole para esto puso sus manos y con gran prisa quitó unos emplastos y bonete que tenia en la cabeza para adorar en su corazon á su Dios y Señor que ya no le podia ver con sus ojos. El resto del tiempo hasta su fallecimiento que fue cerca de la una, se pasó en ayudarle á nombrar el nombre de Jesus y asi como una ave del cielo se nos fué de entre las manos»....

«El emperador queria que fuese religioso y V. M. soldado, él como obediente hijo muere desapropiado mucho antes de sus bienes como un fraile y en una pobre barraca y en campaña como soldado, que prometo á V. M. que no era sino un sobradillo encima de un corral, para que aun en esto imitase la pobreza de Cristo y sin duda cristianísimo señor, que cuatro ó cinco meses antes de morir, tan de veras se empleaba en obras de misericordia que yo muchas veces decia entre mí que Dios le llamaba á su gloria, él buscaba por sí mismo los carros que habian de conducir los soldados enfermos al hospital y se metia entre ellos, aunque estuviesen tocados de la peste, asistiéndoles y dándoles limosna.»

Cumpliendo el rey con los deseos que don Juan habia manifestado al morir hizo trasladar su cadáver á Madrid y luego al monasterio del Escorial, colocándole en el panteon de los infantes donde hoy descansa.

Bárbara Blomberg, madre de don Juan estuvo casada con un comisario de los Estados de Flandes, era mujer estremadamente hermosa y de rara habilidad para el canto. Despues de viuda tratóse de hacerla venir á España, á lo que se opuso vivamente.

El duque de Alba en carta de 7 de mayo de 1575 escribia al rey sobre esta materia, entre otras cosas. «En hablándola de cosa de España se desespera y dice que no piensen engañarla, que ella sabe muy bien de la manera que allá se encierran las mujeres y que aunque la hagan pedazos no la harán ir. Aquí se pasa mucho trabajo con entretenerla, porque tiene terrible cabeza y V. M. sobre esto ordene lo que fuere servido, porque yo temo no se me case un dia, darle dinero es echarle por el rio abajo, que en dos dias lo tiene banqueado.» Estas líneas dan á conocer suficientemente el carácter de Bárbara Blomberg.

Don Juan la conoció en Bruselas y la amó en estremo, á pesar de su carácter violento, que no bastó á domeñar el cariño y respeto de su hijo. Hemos visto varias cartas en que don Juan pedia al rey mercedes para su madre.

MANUEL JUAN DIANA.

(1) Por haberse fortificado en esta plaza.

EL MAS LISTO QUE CARDONA.

I.

Comedia sin teatro, para maldita la cosa vale. Antes de hacer la comedia, hagamos el teatro.

El teatro representa la plaza de un lugar. A derecha é izquierda, boca-calles. En el fondo, una casa grande con balcones. Y hácia el lado del público, la concha del apuntador, donde el autor se mete y apunta en unas cuartillas de papel cuanto dicen y hacen los actores para ir en seguida á parlárselo al público, encaramado en EL MUSEO UNIVERSAL.

Acaba de amanecer y acaba la tia Bolera de plantarse en medio de la plaza con una cesta de higos delante.

Sale Bartolo sin sombrero y mirando á todas partes, como si se le hubiese perdido algo. Mucho oido, que comienzan á hablar él y la tia Bolera.

—Buenos dias, tia Bolera.

—Buenos te los dé Dios, Bartolo.

—Hoy los mozos que salgan bien de la quinta, de seguro la dejan á V. sin higos para regalar á las novias. Yo que V., no hubiera madrugado tanto teniendo la venta segura.

—Pues tú bien madrugas tambien.

—Es que anoche, andando por aquí de ronda, perdí el sombrero, que me le llevó el aire, y no puedo dar con él por mas que le busco.

—Cabeza es lo que debes buscar, que eso te hace mas falta que sombrero.

—*Velay* V. lo que tiene el ser uno tonto.

—Vamos, ¿no me compras higos?

—¡Canasto! la pinta no es mala.

—Pruébalos, que son muy ricos.

—Vamos á ver (*manducándose higos*). Este... estaba un poco duro. Este... estaba demasiado blando. Este... amargaba un poco. Este... estaba demasiado dulce.

—Anda y prueba soliman de lo fino, que los higos están caros.

La tia Bolera amenaza con una pesa al pobre Bartolo.

—¡Pero tia Bolera, si como soy tonto no sé lo que me pesco!

—Eso te vale, que si no, te rompia la cabeza con una pesa. Vamos, ¿cuántos higos quieres?

—Aguarde V. mujer, que antes de todo es ajustar. ¿A cómo son?

—A cuatro cuartos libra.

—Vamos, que algo menos serán.

—No son un maravedí menos.

—¡Canasto, no ha de tener V. palabra de rey!

—Vaya, no muelas. ¿Cuántos quieres?

—Eche V. cuatro ó seis libras si me los da V. fiados.

—¿Ahora salimos con eso?

—Pero, tia Bolera, si no tengo un cuarto.

—Anda, anda, lárgate de aquí, ó te descalabro con una pesa.

—¡Tia Bolera, no me asuste V. con esto, que me van á hacer daño los cuatro higos que he comido!

—¡Asi reventaras!

—¿Pero tengo yo la culpa de ser tonto?

—¡Te he dicho que te largues!

Bartolo se retira á una esquina, y la tia Bolera añade en tono muy sentimental:

—¡Ay! el Señor nos conserve cabales los cinco sentidos.

Cardona, que es un mozo cuya sonrisita burlona va por todas partes diciendo: —«el que me la pegue á mí, no ha de ser rana», sale por la parte opuesta á la esquina en que está Bartolo y pregunta:

—¿Qué es eso, tia Bolera?

—¡Qué ha de ser! que si me descuido me zampa todos los higos ese zoquete.

—Canute, no me hable V. de ese tonto, porque me tiene muy *quemao*... ¿Creerá V. tia Bolera, que pretende casarse con la Geroma?

—¿Con la chica del señor alcalde? En el nombre del Padre y del Hijo... ¡Con la mas rica del lugar!

—¡Cabalito!

—¿Pero ella no le hará caso?

—¡Pues no se le ha de hacer, canute! Si está *chalao* por él, y dice que aunque la hagan tajadas no se casa conmigo.

—Pues ándate con cuidadito, no sea que te la peguen...

—¡Pegármela á mí! ¡A mí, canute! Ja, ja, ja, ¡Qué es tonto el muchacho!

—Es verdad, que ya sabes tú dónde el zapato te aprieta. Cardona te llaman y te está pintiparado el nombre.

—Verá V., canute, como le armo al tonto una zancadilla que vaya á presidio por toda la vida.

—¿Y cómo se la vas á armar?

—No sé cómo, pero yo cavilaré y me saldré con la mia, canute, ya podia V., tia Bolera, ayudarme á inventar un embuste para que se lleve patata á ese bruto. Si me ayuda V. á desbancarle, pongo de balde á disposicion de V. todos los frutales de mi huerto, y se hace V. de oro, ¡canute!

—Pierde cuidado, que yo inventaré una cosa buena. Ya sabes que para eso me pinto sola. Como que por esta gracia que Dios me dió para inventar enredos y bolas, me pusieron la tia Bolera.

Bartolo que si no quita ojo de los balcones de la casa del alcalde, tampoco le quita de los higos de la tia Bolera, esclama:

—Canasto, y qué gana me ha entrado de comer higos.

—Vamos, ¿no me compras higos? pregunta la tia Bolera á Cardona.

—¿A cómo son?

—A cuatro.

—Pues eche V. un par de libras para que rumie el ganado.

—¡Canasto, esclama Bartolo, que no tuviera yo cuatro cuartos para comprar una libra de higos!

—Apara el sombrero, dice á Cardona la tia Bolera. Tú me estrenas, hijo.

—Con qué son... cuatro y cuatro... doce, dice Cardona, contando por los dedos. Ahí tiene V. los doce cuartos.

Cardona repara en Bartolo.

—Canute, añade, *¿entuavia* está ese tonto ahí? Verá V., tia Bolera, como le apedreo. ¡Anda, Bartolo; anda, borrico; anda, bestia; anda, tonto!

Así diciendo, Cardona tira higos á Bartolo, este los va cogiendo y zampando con mucho gusto; y el uno tirando; y el otro recogiendo sin mas que decir: —Dime tonto y dame higos, que yo me los voy zampando,—desaparecen por una de las boca-calles.

—¡Ja, ja, ja! qué listo es este Cardona, esclama la tia Bolera desternillándose de risa. Con razon pasa por el mas listo del pueblo. ¡Ja, ja, ja!

II.

Cardona vuelve inmediatamente, y dice enseñando el sombrero completamente desocupado:

—Se acabó la municion y me quedé desarmado.

El tio No-hay-Dios, sale de casa del alcalde y Cardona le grita:

—¡Eh, alguacil! ¡tio No-hay-Dios!

—¡Mira Cardona, que no pongas motes á nadie! No gastes bromas con nosotros los de justicia, que te planto en el cepo como soy alguacil.

—Pues ya puedes plantar en él á todo el lugar, replica la tia Bolera, porque no hay quien no te llame tio No-hay-Dios.

—¿Y por qué te lo llaman? pregunta Cardona.

—Porque cuando volví del servicio, no queria ir á misa, so pretesto de si habia Dios ó dejaba de haberle. Me casé poco despues; mi mujer me sopló tres chicos de un parto; se me perdió la cosecha; se me murieron dos caballerías, y mi casa era una perdicion. Un dia fuí á Madrid á vender un borriquillo, que era lo último que en mi casa quedaba por vender, y al llegar allá, le dió un torozon á la bestia y se me murió. Vendí en un duro la piel del borrico, y volví á tomar el camino del pueblo pensando si aquello me sucederia por decir que no habia Dios, cuando cátate tú que encuentro un pobre con tres chiquillos desnudos y muertos de hambre y me pide limosna, diciendo que Dios me daria ciento por uno. Yo tenia por *fáula* lo de Dios, pero tenia tres chiquillos como el pobre y me puse á pensar que estaban á pique de pedir limosna. Pues señor, se me ablanda el corazon, que doy el duro al pobre echándome la cuenta del perdido, y que sigo mi camino oyendo las bendiciones de los que se quedaban con el último duro de mi caudal. ¿Qué direis que encontré al llegar á casa?

—¿Alguna cuerda para ahorcarte?

—No, eso hubiera sucedido si no hubiera Dios; pero como le hay, me encontré con una carta en que me decian que el coronel de mi regimiento, con quien estuve de asistente, habia muerto y me habia dejado mil duros. Salgo entonces por el pueblo gritando: «¡hay Dios! ¡hay Dios!» mi casa comienza á prosperar, la justicia me nombra alguacil viendo que me he hecho buen cristiano, y hoy seria el mas dichoso del pueblo si me llamaran el tio Hay-Dios, en lugar de seguir llamándome el tio No-hay-Dios.

—Pero oye, que para eso te llamaba; tú que eres de justicia, ¿no has oido la causa que el juez del partido

nos sigue al tonto y á mí, por los palos que llevaron los forasteros el dia de la funcion?

—¡Pues no he de haber oido! Justamente vengo de entregar al señor alcalde un oficio del juez que han traido esta madrugada.

—¿Y sabes lo que dice?

—¡Vaya si lo sé! Como que su merced le ha leido alto delante de mí.

—¡Canute! ¿y qué dice?

—Dice que á tí te han condenado por buenas compostuas á pagar mil reales de las costas.

—¡Canute! ¡por vida de...! ¿Y Bartolo?

—Bartolo ha salido del todo libre.

—Pero si él fue quien pegó los palos, y yo no hice mas que enzarzarle con los forasteros y luego meter paz para que no rezara conmigo la causa.

—Ya, pero el juez dice, que como Bartolo es tonto, no tiene pena y te ha cargado á tí las costas que el tonto debia pagar.

—¡Canute, recanute, que esto me suceda á mí!

—Ea, conque de aquí á luego, que hoy con la quinta estamos muy ocupados los señores de justicia. Tú Cardona, no tengas miedo, que como sois treinta los mozos útiles, y nada mas que cuatro los soldados que piden, malo ha de ser que á tí te toque la china. Mira ya tocan á misa. Vete á oirla que ¡hay Dios!

El alguacil desaparece.

—¡Canute, para misas estoy yo! dice Cardona tirándose de los pelos.

—Hombre, le arguye la tia Bolera, no te desesperes por mil reales mas ó menos.

—Tia Bolera, si no es por los mil reales, que lo que me quema á mí es que el tonto se ria... Pero, canute, no se ha de reir, que si yo aflojo mil reales, él ha de ir á un presidio.

—Hijo, eso está muy bien pensado. Si le echas á un presidio, ¿quién te disputa á tí la Geroma? Y si te casas con la Geroma, que es la moza mas rica del pueblo, ¿qué te hacen á tí mil reales mas ó menos?

—Canute, tiene V. razon, tia Bolera. Cavile V. á ver qué enredo le armamos, que yo voy á hacer lo mismo. Con que de aquí á luego.

—Adios, hijo.

Cardona repara al irse, en un sombrero que está entre unas matas de hortigas, debajo de los balcones de casa del alcalde, y esclama:

—¡Canute! ¿de quién es este sombrero?

—Será el del tonto que dice le perdió anoche andando por ahí de ronda.

—¡Ay tia Bolera de mi alma; que idea me ocurre, canute.

—Cuéntame, hijo, cuéntame..

—Espere V. un poco, que ahora hablaremos. ¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres!

Cardona tira el sombrero de Bartolo á uno de los balcones de casa del alcalde, y añade reventando de satisfaccion:

—¡Ah, já! ¡Ahí está bien, canute!

—Pero, muchacho, ¿qué has hecho?

—¡Ya está armada, canute! El tonto va á presidio co-

DON JUAN DE AUSTRIA.

EL MAS LISTO QUE CARDONA.—PUES BIEN: TE VAS Á CASAR CON MI HIJA.

mo tres y dos son siete. Tia Bolera, ahora si que la necesito á V., ogaño no les ha tocado llevar fruto á los frutales de mi huerto, y el año que viene van á estar á remo. ¿Ve V. el sombrero del tonto?

—Si, pero le veria con mas gusto en los cerezos para espantar los tordos.

—No, mejor está en el balcon del cuarto de la Geroma. Oiga V. y mucho pesquis. Bartolo subió anoche al cuarto de la hija del alcalde; al bajar por el balcon dejó allí el sombrero, por el sombrero se descubre al salta-balcones y atropella doncellas, y el alcalde echa á presidio al que asaltó su casa y la honra de su hija.

—¡Bendito sea Dios que tanto talento te ha dado, hijo!

—¿Pues qué soy yo tonto, canute? ¿Con que me ha entendido V.?

—A las mil maravillas ¡Bien hayan las madres que paren hijos tan listos!

—Ahora solo nos falta que todo el lugar sepa las gracias del tonto.

—El pregon de la plaza me toca á mi.

—Y á mi el de las calles y callejuelas. ¡Con que manos á la obra, tia Bolera!

—¡Manos á la obra Cardona!

Vuelven á tocar á misa. Cardona se larga restregándose las manos de satisfaccion.

III

Muchas gentes atraviesan la plaza en direccion á la iglesia. La tia Bolera habla misteriosamente con cuantos y cuantas se le acercan, señalando al balcon donde está el sombrero de Bartolo. El alcalde y su hija salen de casa, llevando Geroma pañuelo á la cabeza.

Hablan el alcalde y su hija.

—¡Jesus, padre, que empeño tiene V. en ir á misa primera!

—¿Picarona, quieres que me quede sin misa para que al alcalde le llamen en el pueblo el tio No-hay-Dios como al alguacil?

—Pues oiga V. la misa mayor.

—No quiero, que me está esperando todo el ayuntamiento para hacer el sorteo y en seguida la declaracion de soldados, para salir del paso cuanto antes.

—La declaracion de soldados es de hoy en ocho.

—¡Qué sabes tú habladora!

—Siempre ha sido asi.

—Eso manda la ley, pero el ayuntamiento ha acordado hacerla hoy y ponerle la fecha del domingo que viene, porque el domingo toda la justicia está convidada á una borrachera que da ese señor que ha venido de Madrid.

—¡Vaya un modo de cumplir la ley!

—¡Qué ley ni que calabazas! En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Pues bien: váyase V. solo á misa primera, que yo me quedo para la mayor.

—¡Ya, ya te entiendo, pájara! Lo que tú quieres es ir sola á misa para gastar palique con el tonto. No te verás en ese espejo. Ya te he dicho que con quien te has de casar es con Cardona, que es el mas listo del pueblo.

—¿Y á los hombres de qué les sirve ser listos?

—¡Calla habladora, que te voy á sacar la lengua! ¿Si no fuera yo listo, no me la hubieras tú pegado ya?

—Si quisiera pegársela á V.

—¡Pegármela tú á mi! ¡Facilillo es!

—Pues yo no me caso con Cardona, que me caso con Bartolo.

—Bartolo es tonto.

—Pues á mi me sirve aunque lo sea.

—¡Anda, el tercer toque! ¡Vamos á misa!

—¡Pues, y he de entrar en la iglesia sin mantilla!

—Qué mantilla ni qué... En los pueblos no se anda con cumplimientos. ¡Vamos, vamos fuera! ¿Qué vá á que por tu causa me ponen el tio No-hay-Dios?

El alcalde echa á correr, y al trasponer una esquina, se le escapa su hija que va á meterse por otra callejuela diciendo:

—¡Canario, ahora me iba yo á quedar sin hablar con Bartolo, cuando no le he visto desde el domingo pasado!

Por la misma callejuela, viene Bartolo muy afligido, hablando consigo mismo como los tontos.

—Canasto, dice, lo que á mí me pasa no le pasa á nadie en el mundo con ser mundo, y mas valiera morirse uno que ser tonto.

Al ver á Geroma, corre á ella buscando el consuelo que le falta y esclama abrazándola:

—¡Ay Geroma de mi vida qué desgracia la nuestra!

—Anda bruto y abraza á un toro, replica Geroma rechazándole y arreándole un bofeton que le hace ver las estrellas.

—¡He, he! gimotea Bartolo, no esperaba yo de ti semejante correspondencia.

—¿Y qué tienes tú que abrazar á una moza soltera?

—¿Pero mujer, no ves que como soy tonto no se lo que me hago?

—Pues yo te iré avispando en cuanto nos casemos.

—¡Qué canasto nos hemos de casar, si corre por ahí un embuste que si le oye tu padre, me echa á presidio por toda la vida!

—¡Ay Bartolo de mi alma! ¿Y qué embuste es?

—¡Qué ha de ser, canasto! que anoche subí á tu cuarto por el balcon.

—¿De veras dicen eso?

—Tan de veras como yo soy tonto.

—¿Y qué vamos á hacer para desmentirlo?

Un muchacho pasa por la plaza cantando una copla que oye Bartolo, pero que no debe oir el público hasta mas adelante, á fin de que no pierda la ilusion.

—¡Ay, canasto, que cosa me ocurre! esclama Bartolo al oir la copla, poniéndose mas alegre que un entierro de pariente rico.

—¿Y qué cosa es?

—No te la digo porque te vas á enfadar.

La gente que sale de misa aparece.

—¡Ay, que nos va á ver mi padre! esclama Geroma disponiéndose á echar á correr.

—¿Me quieres Geromilla?

—Si que te quiero.

—Pues adios.

—Adios.

Y cada cual tira por su lado.

El alguacil encuentra á Bartolo cuando este va huyendo, y le dice:

—¡Bartolo! ya se que anoche hiciste un pecado gordo. Mira que ¡hay Dios!

Y el alguacil sigue su camino.

En el soportal de la casa de ayuntamiento, comienza el sorteo para la quinta; pero á pesar de lo que interesa á todos los vecinos aquel acto, muchos dejan de prestar atencion á él por cuchichear de otra cosa que debe de ser muy diferente, pues los hace reir, y por contemplar el sombrero de Bartolo que continúa en el balcon.

Bartolo se retira del soportal, llorando como un becerro porque ha sacado el número cuatro y poco despues hace lo mismo Cardona, pero saltando de alegría porque ha sacado el número cinco y tocando al pueblo solo cuatro soldados, son útiles para coger el chopo los que han sacado los cuatro primeros números.

PORTADA DE LA ANTIGUA CASA DEL EMBAJADOR VICH, EN VALENCIA.

El ayuntamiento se retira á tomar un refresco, compuesto de vino de Valdepeñas, un cochinillo asado y pan tierno.

Apenas el alcalde tira el primer latigazo al Valdepeñas, se le vuelve veneno en el cuerpo. ¿Por qué? Porque al fin llega á su oido lo que ya todos los vecinos saben: que su hija está deshonrada porque Bartolo asaltó anoche su honra, de lo cual es buen testigo el sombrero que aun campea en el balcon.

—¡Tio No-hay-Dios! grita hecho un soliman, prenda V. inmediatamente á ese galopo y traigámele aquí atado codo con codo.

El alguacil cumple inmediatamente la órden de alcalde. Y al ver conducir preso al tonto, casi todos los vecinos, incluso Cardona, corren á la casa de ayuntamiento.

—¡Bartolo! dice el alguacil al preso conforme le conduce, si has cometido un delito, no le niegues. Mira que ¡hay Dios!

—¡Bartolo! grita el alcalde, ¿no es verdad que no entraste anoche en mi casa? ¿No es verdad que es una infame calumnia la que todo el pueblo levanta á la honra de mi hija?

—Señor alcalde, contesta el tonto, yo le diré á V. lo que pasó anoche

—¡Di la verdad!

—¿No la he de decir? ¡canasto!

—Pues despacha que en cuanto des tú la declaracion, la justicia tiene que comenzar la de soldados.

—Pues, señor, pasaba yo debajo del balcon de la Geroma, cuando digo: «aquella estará ya en lo caliente, pero canasto, si duerme que despierte.» Con que cojo una china y la tiro al balcon, y cate V. que la Geroma sale en camisa.

—¡Grandísima bribona! ¡Qué azotes!

—Comencé á echarla piropos y se reia la tonta, y decia: «¡buenos galopos estais los hombres!» Con que digo: mira, échame una escupitina en el sombrero y me marcho, que aquí corre un gris de lo fino.—Dice:—Mira, Bartolo, ¿quieres subir?—Digo:—No, que si me siente tu padre... Dice:—Qué, si mi padre está ya roncando como un marrano...

—¡Voto vá briosle, marrano yo! ..

—¡Yo que sé! ella así dijo. Conque en estas y las otras, que si subes, que si no subo dice: «voy á abrirte la puerta.»

—¿Y abrió?

—¡Vaya si abrió, canasto!

—¡Ah hija de una cabra!

—¡Poco á poco, canasto, que es V. su padre!

—¿Con que abrió, la grandísima?...

—¡No le digo á V. que sí, canasto!

—¿Y tú que hiciste?

—Toma, yo como soy tonto me metí en casa de V.

—¿Y subiste?

—Bajé por el balcon.

—¡A mame, que presidio te vas á mamar!

—¡Cá!

—¿Cómo que cá? Te coge de medio á medio la ley.

—La ley no reza conmigo.

—¿Por qué no, bribon?

—Porque soy tonto.

—Ya te daré yo la tontería. ¡Penetrar en casa agena á las altas horas de la noche!..

—En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Alguacil, sopla en el cepo á este bribon.

—Si se acerca á mí, le hundo de un puñetazo.

—¡Favor á la justicia!

Cardona y otros mozos ayudan al alguacil, y entre todos sujetan á Bartolo, que alcanza á Cardona con dos puñetazos dirigidos al alguacil.

IV.

Aquí viene un monólogo del barba, es decir, del alcalde. Los monólogos son de tan mala ley en las comedias, como en los libros las dedicatorias á ministros; pero allá va, á ver si se acaba de llevar el demonio la literatura dramática, que poco le falta.

—Hasta los perros y gatos saben que ese bribon penetró anoche en mi casa. Por consiguiente, hasta los gatos y los perros pueden declarar contra él, y me será fácil echarle á un presidio. Sí, voto á briosle Baco balillo, á un presidio ha de ir ese bribon.

El muchacho que cantó antes la copla, vuelve á cantarla. Como ya no tenemos miedo de destruir la ilusion del público, no hay inconveniente en que el público oiga lo que canta el muchacho. El muchacho canta:

Dice el sabio Salomon
que el que engaña á una doncella,
no tiene perdon de Dios
si no se casa con ella.

Esta copla iluminó antes la oscura inteligencia de Bartolo y ahora ilumina la nebulosa del alcalde. De modo, que esta copla sirve de candileja en nuestro teatro.

¿Por qué su luz no habrá alcanzado tambien á la inteligencia de Cardona? si Cardona no fuera el mas listo del pueblo, tendríamos por el mas tonto del pueblo á Cardona. Pero dejémonos de conversacion y oigamos el monólogo del alcalde:

—¡Pero bestia de mí, cómo hablo de echar á presidio á ese galopo, si la fatalidad le ha hecho ya yerno mio! El único medio de lavar la mancha que ha caido en la honra de mi casa, consiste en el casamiento del tonto con mi hija. ¡Sí, se casará, voto á una carretada de demonios! ¡Tio No-hay-Dios!

El tio No-hay-Dios aparece.

—Saca del cepo á Bartolo y traele aquí.

El tio No-hay-Dios obedece, y el respetable público al ver conducir al tonto á la casa de ayuntamiento, se va tras él.

—¡Bartolo! dice el alcalde plagiando sin conciencia, el que deshonra á una doncella, no tiene perdon de Dios ni de los hombres, sino se casa con ella mas pronto que la vista.

—No digo lo contrario, contesta Bartolo.

—Pues bien: te vas á casar con mi hija.

—Con mucho gusto y fina voluntad.

—Eso no, canute, salta Cardona poniéndose como un toro. Quien se casa con la Geroma soy yo.

—No puede ser, replica el alcalde.

—El guardar á una mujer, murmura Bartolo riéndose como un tonto.

—Sepa V. y sepan todos los presentes, que lo de la subida de Bartolo al cuarto de la Geroma, es un cuento inventado por mí, con ayuda de la tia Bolera.

Pues la tia Bolera y tú, ireis á un presidio por calumniadores.

—¡Canute! recanute, ¡qué me suceda á mí esto!

—Pero como unos lo creerán y otros no, la honra de mi hija quedará embilo, si Bartolo no se casa con la Geroma, y para que no quede, quiero que la Geroma y Bartolo se casen.

—Pero casándome yo, queda todo compuesto, arguye Cardona.

—Si no eres calumniador, eres un mozo sin vergüenza. Cualquiera de las dos cosas que seas, no sirves para yerno mio.

El público silba estrepitosamente á Cardona, y este se larga echando sapos y culebras por aquella boca.

—Eh, Cardona, le grita la tia Bolera desde su puerta, ¿con que estamos conformes en que me cederás los frutales de tu huerto?

—No estamos conformes, contesta Cardona desesperado.

—¿Por qué, hijo?

—Porque los necesito para ahorcarme en ellos.

El juicio de exenciones y declaracion de soldados comienza.

Los tres primeros números son declarados útiles.

—¡Número cuatro! grita el secretario y Bartolo se presenta.

—¿Tiene V. algo que alegar?

—Sí señor: que soy tonto.

El ayuntamiento delibera y declara inútil para el servicio á Bartolo por tonto de capirote.

—¡Número cinco! vuelve á gritar el secretario, y comparece Cardona tan desesperado que se tiraria de los pelos si no se los hubiera arrancado ya de rabia.

—¿Tiene Vd. alguna exencion que alegar?

—Sí señor: que soy mas tonto que una mata de habas, contesta Cardona con profunda conviccion.

El ayuntamiento y el público se echan á reir, como quien dice: ¡qué pillo es este muchacho!

Cardona es declarado útil para manejar el chopo.

—¡Canute, recanute! esclama Cardona arreándose puñetazos á sí mismo, que llamen al número seis, porque yo voy á matar al tonto y ahorcarme en seguida en un árbol de mi huerto.

—¡Tio No-hay-Dios! dice el alcalde, al cepo con ese quinto hasta que se haga la *entriega* en caja.

Cardona se defiende como un leon, pero al fin el alguacil ayudado por Bartolo y otros mozos, le sujetan.

—¡Cardona! le dice el alguacil por lo bajo al soplarle en el cepo, ¡hay Dios!

—¡Ya lo sé! contesta Cardona, ya mas manso que un cordero.

Esta comedia tiene su epílogo y todo, lo que prueba que es muy buena. Como las buenas escasean tanto, milagro será que algun empresario no nos la represente ó algun autorzuelo no nos la birle; pero si á tal se atreviesen ¡Ay de ellos, que el autor los balda echándoles la ley encima!

El epílogo es pasados unos quince dias.

Cardona con los demas quintos, sale del pueblo para ir á entrar en caja. Al pasar junto á su huerto, dirige la vista á los frutales pesaroso de que no le permitan ahorcarse en uno de ellos.

Geroma y Bartolo salen de la iglesia donde acaban de casarse. Entre la multitud de gentes que los acompañan, va el tio No-hay-Dios.

—¡Bartolo! dice el alguacil, el calumniador ha sido castigado y recompensado el inocente. Esto te probará que ¡hay Dios!

—Sí, contesta Bartolo, y por eso tengo un remordimiento.

—¿Cual?

—Cardona va soldado por haber alegado yo que soy tonto.

—¿Y sospechas que no lo eres?

—Lo sospecho.

—Yo tambien sospecho que eres mas listo que Cardona.

ANTONIO DE TRUEBA.

PAPEL CURIOSO.

De un tomo manuscrito de papeles varios, tomamos el siguiente estraño cartel, que da una verdadera idea de lo que eran antiguamente los juegos de cañas y demás fiestas de los siglos medios, conservados largo tiempo en España, como un hermoso recuerdo de las épocas caballerescas.

CARTEL PARA UNAS PLAUSIBLES FIESTAS DE CAÑAS, SORTIJAS, ETC.

A la lucha, á la lid, á la campaña; que el clarin de la fama os llama á la palestra, enamorados campeones: no os acobarde el desden, ni el desvío, porque es lo esquivo propiedad de la hermosura: no es valor en la roca quebrar las alas á aquella ave de espumas; crédito es del cristal desmoronarla con olas; en el torno voluble de la rueda se devana el vencimiento que se grangea el cristal contra aquel gigante risco. El arco se prepara, campeones, vencedor será quien de la esquiva beldad se coronare vencido: no se consiguen laurel y triunfo sin peligrosos afanes; aun la vida se desprecia en el que rendido adora: en la carrera veloz se representa el arrojo, en la velocidad se diseña la hermosura; ¡qué noble empeño fue de Hipomenes ser amante de Atalanta! Desvíos acaudillaba la belleza y carreras eran el medio de combatir su fugitiva beldad. ¡Oh qué de amadores la desearon firmes! mas no consiste el amor en el descanso.

Todos la adoraban constantes; y era la inmovilidad rémora del vencimiento: noble carrera la incitaba, y á donde prevenia á sus amantes la muerte, allí depositaba del mas dichoso la vida. La tela de la carrera que en la arena urdia amor, era la sequedad, que ablandaba aquella viviente roca Corrió Hipomenes valeroso, sin pasar por los rubores de ligero; alcanzó la belleza porque supo correr con pasos de fino oro; multiplicó los favores y humanóse la deidad á las fatigas; logró Venus su tiro, porque fueron de oro las de Cupido penetrantes saetas; consiguió Hipomenes á Atalanta, porque supo correr con alas de rendimiento. Ca valerosos adalides al campo, á la batalla del amor, mi ceño os llama, mi aliento os desafía; y si en la carrera vencereis mi osadía, vuestro será el mas adorado premio. Que no HAY OTRA COSA MAS ESQUIVA, que la que adoro, es mi asunto. Que no HAY OTRO que mas AME con esta lanza defiendo; que no hay quien mas la merezca, no se si puedo decirlo; que no hay quien decirlo pueda HOY tengo de defenderlo: para esto pretendo, medir la lanza con todos; para esto desciendo á la mas ardiente arena, para este asunto se vocea la mas vistosa campaña. ¡Oh! ¡oh! ¡logre mi osadía sus mas ardientes deseos!

PREMIOS.

Los primeros cuatro, cuatro anillos.
Los segundos, cuatro sombreros de plumas.
Los terceros, cuatro bandas y estoques.
Los cuatro últimos, cuatro cortes de tela de oro.

JUECES.

1.° El duque de Arcos.
2.° Su primogénito.
3.° El conde de Lemos.
4.° Su hermano.
5.° El marqués de Astorga.
6.° Su cuñado.

CONDICIONES.

El caballero que requiriere la lanza y la deshiciere, pierde premio.

El que perdiere pieza principal de su persona y caballo pierde premio.

El que mudare caballo sin licencia de los jueces, pierde aquella lanza.

El que diere sobre cuerda, no pueda correr sin licencia de su dama.

El que diere ó recibiere de su padrino la lanza sobre mano derecha; ó la recibiere de su contrario, pierde lanza y premio.

El que no llevare mote, pierde premio.

El que llevare peor mote, lleve premio y désele á una fea en penitencia.

El mas fuerte hombre de armas, gane premio.

El mas galan á voto del buen gusto, gane premio.

A quien cayere y se levantare sin haber perdido la silla désele premio.

CASA DEL EMBAJADOR VICH

EN VALENCIA.

Cada dia tenemos que lamentar la desaparicion de uno de aquellos monumentos que por su valor histórico y artístico parecia que ni aun el paso destructor de los siglos debia hacer que desapareciesen. Pero la mano del hombre en esto, mas despiadada que las violentas tempestades de la naturaleza, destruye diariamente las obras de otras generaciones, olvidándose que de este modo enseña á las generaciones venideras á no respetar los monumentos en

que este siglo pretende dejar una muestra de su grandeza y de su genio. Hablamos de la casa del embajador Vich que acaba de ser derribada en Valencia. Como se puede ver por el grabado que publicamos, dicha casa es de la época del renacimiento, de la cual son tambien algunos de los preciosos monumentos que han desaparecido en España durante estos últimos años. Causa tristeza saber cuán poco aprecio se hace de semejantes obras, y mucho mas ver que algunos de ellos se pierden para siempre, como sucede con la citada casa del embajador Vich; publicamos, pues, su vista tomada pocos dias antes de ser derribada para que de este modo quede consignado en las columnas de nuestro periódico, el único recuerdo que es dable ya, sustituyendo así el grabado al monumento que desaparece.

LAS CACERIAS EN AFRICA.

JULIO GERARD.

No es posible fijar la mente en las cacerías que se practican en Africa, sin que del fondo de la memoria surja una figura imponente, colosal.

Julio Gerard, oficial de Spahis, miró con desden los peligros vulgares para el guerrero de la guerra con los árabes; guerra mas llena de funestos azares para el soldado que ninguna otra; como guerra de conquista, de ocupacion y hecha á un pueblo bárbaro, que ni aun idea tenia del derecho de gentes ni de las reglas humanitarias á que se atienen en sus luchas las naciones civilizadas de Europa, para amenguar en lo posible la efusion de sangre, y ofrecer al vencido algo mas digno de nuestro siglo, que el filo de un yatagan.

Pues esa guerra desoladora; guerra de esterminio, en que el incendio y los rigores de un clima abrasador servian de auxiliares á la crueldad, la astucia y el arrojo indómito de los árabes, pareció poca cosa al esforzado ánimo de Julio Gerard.

El Africa, con sus manadas de invencibles leones, le ofrecia mas gloriosas empresas que acometer.

Interin que los hombres se cubrian de gloria, luchando con los árabes, Julio Gerard buscó por adversario, como mas digno de su esfuerzo, á aquel que los árabes respetan como si recibiese su fuerza y su poder del cielo: al rey de los bosques, al animal nunca vencido y siempre vencedor en lid franca y abierta, cualquiera que fuese el número de sus enemigos:

Al leon.

En un principio, dedicóse á estudiar, ora por medio de las narraciones de los árabes, ora por la propia observacion, las costumbres y el caracter del tremendo adversario que habia elegido.

De este modo, y ejercitándose al par en el conocimiento de las carabinas mas perfeccionadas que entonces se conocian, llegó á convencerse de que para marchar por la noche al encuentro del leon, es preciso ser jóven y robusto, tener una musculatura de acero, una voluntad inflexible y perseverante, una salud de hierro, una mirada de águila y de lince á la vez, un pulso inalterable, un corazon de piedra, cuyos latidos no precipite ni modere ningun acontecimiento por terrible é imprevisto que sea, una confianza ciega en Dios, dos carabinas Devisme, de á dos tiros cada una, que reunan las condiciones de solidez, precision y penetracion, y la seguridad de plantar dos balas, una sobre otra, á treinta pasos del blanco, apuntando y sin apuntar.

El cazador debe ir armado tambien de una pistola de la misma clase, cargada como la carabina con balas cilíndricas.

Necesítanse ademas dos clases de traje: uno para invierno, de mucho abrigo, y otro para verano, ligero; pero capaz de resistir á los abrojos y espinas de que están llenos los bosques.

Gerard hacia sus estudios partiendo al interior desde Philippeville, Bona y Constantina, acompañado de un guia indígena, á principios de abril.

La cacería del leon durante el invierno, ha escrito Julio Gerard, es tan ruda y penosa, que por no abstenerme de practicarla en esa estacion, me encontré viejo y cansado á los treinta años de edad.

Lo que los árabes temen mas, despues de Dios, es el leon; y no basta presentarse en sus aduares, diciéndose cazador de aquellos; aunque una vez demostrada la verdad del aserto se esta seguro de inspirarles el mayor respeto.

Gerard que conocia el carácter de los árabes, se estableció en un aduar, mostrándose sóbrio de palabras, pues le constaba que los indígenas desprecian á los charlatanes y á todo el que sonrie con frecuencia. Al dia siguiente dió pruebas de la destreza con que manejaba la carabina, hermanando dos balas sobre un blanco colocado á gran distancia.

Ademas dijo ante las gentes del aduar, que por las noches durante sus cacerías, no se ocupaba de ninguna otra cosa que de los leones; que en el caso de encontrarse con algun árabe, le gritaba que pasase de largo sin detenerse.

Los merodeadores, que abundan en todas las tribus quedaron tranquilos con aquella declaracion: sabian que Gerard no era un enemigo, y que en el caso de buscarle camorra, lo seria muy temible.

Sucedia esto en un aduar de los Uled-Bu-Azizi, situado en los alrededores del campo de Drean, á media legua de la guarida de un viejo leon, que al decir de los árabes, residia en el Jebel Krunega, desde treinta años atrás.

Su vecindad era tan vejatoria para los árabes, que en muchas ocasiones habian tratado de deshacerse de él, dándole muerte, á cuyo efecto recurrieron en su desesperacion á todos los medios y astucias que conocian para la caza del leon.

Mas á aquel temible *señor de la cabeza grande*, como le llamaban los árabes, cuyo *rab* (trueno) ó rugido helaba de espanto los corazones, habia salido ileso de todas las emboscadas y acometidas, llevándose cada vez en sus formidables garras girones de carne de alguno de sus acometedores, mas imprudente ó desgraciado que los demás.

La noticia, pues, de haber llegado á Bona, un francés que pretendia dar muerte á los leones, llenó de contento á los Uled-Bu-Azizi. Enviáronle mensajeros, y el dia 2 de febrero de 1845, á las cinco de la tarde llegaba al aduar el futuro cazador de leones, armado con una magnífica carabina que le acaba de regalar S. A. R. el duque de Aumale.

Apenas se hubo apeado, supo por los árabes que todas las noches al ponerse el sol, se oian los primeros rugidos del leon que abandonaba su guarida, y que ya cerrada la noche bajaba á la llanura, rugiendo sin cesar.

Gerard cargó cuidadosamente la carabina que debia á la generosidad del príncipe, y la que acostumbraba usar en sus espediciones, creyendo infalible el encuentro de su enemigo; y en efecto, terminaba apenas aquella delicada operacion, cuando un formidable rugido del leon, vino á corroborar las palabras de los árabes.

Su huésped se ofreció á servirle de guia: Gerard aceptó el ofrecimiento: confióle una de sus dos carabinas, armóse con la otra y partieron.

(Se continuará.)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

EL SEPULCRO DE MOORE.

III.

Vivaqueaban ambos ejércitos, uno en frente del otro, sin molestarse, ni intentar ganar nuevas posiciones, y así pasaron cerca de cuatro dias sin atreverse ninguno de ellos á avanzar un paso hácia su contrario. Si es cierto que Moore embarcó el 14 los enfermos y los cañones, tampoco lo es menos que Soult reparó aquel mismo dia el puente del Burgo, destruido por los ingleses al tiempo de la retirada.

La noche del 16 era la designada para el embarque de las tropas británicas, que ocupaban el monte Mero, Elviña y las demás montañas que corren en direccion de San Cristóbal, dominados en particular el primero por las alturas de Peñasquedo, de que estaba posesionado el francés, y en cuyo sitio estratégico en demasía, colocó Soult una batería de once cañones.

Nadie esperaba en vista de la actitud que habia guardado hasta entonces el ejército francés que se rompiesen las hostilidades hasta el momento del embarque.

Sin duda alguna, Soult era conocedor de la hora en que aquel debia verificarse; así fue que se propuso poner en práctica las órdenes de su amo: sus soldados llevaban ya dos dias de descanso: Capua estaba en sus reales: el único modo de alejarles de la molicie á que se entregaban aquellos vagamundos durmiendo dos noches sin que el tambor los llamase al combate, era ordenar el ataque.

Y Soult lo hizo así:

A las dos de la tarde, un movimiento general en la línea francesa, avisó á Moore que el enemigo se preparaba á estorbar el embarque. En aquel momento se rompió el fuego en ambas líneas.

El cielo estaba sereno, tranquilo; no parecia sino que la naturaleza se engalanara para presenciar tan horrible espectáculo.

Un valle dilatado y hermoso separaba la fuerza de reserva mandada por lord Paget de la caballería francesa que ocupaba los altos. Al abrigo de la batería de Peñasquedo, acampaba Mermer su division de la izquierda; Merle y Delaborde guardaban el centro, prolongándose la division de este último hasta Palabea de abajo.

La línea inglesa se estendia desde la ria de Mero hasta el valle de Elviña.

Este último punto estaba guardado por sir David Baird, y el opuesto por el general Hope; dos brigadas de la segunda division se colocaron á los estremos de las respectivas líneas y por último, mas cercana á la Coruña y en el camino de Bergantino, se hallaba, pronta á acudir al punto en que se necesitase su auxilio, otra division á las órdenes del general Fraser.

Así estaba dispuesto el campamento cuando Soult ordenó el ataque.

Sus esfuerzos principales se dirigieron á desalojar al enemigo de la posicion que ocupaba en el valle de Elviña, y en cuyo sitio estaba la cabeza y el grueso de las tropas inglesas.

—¡Si conseguimos deshacer el ala derecha del enemigo, está todo hecho! dijo Soult lanzándose al escape al frente de sus soldados.

Cayeron estos sobre las tropas ligeras que mandaba Baird, con aquel denuedo, con aquella ciega confianza que daba al francés su natural arrojo y la costumbre de las victorias. Allí la lucha fue mas encarnizada que en ningun otro punto; Soult peleaba como el último soldado, los generales franceses daban siempre el ejemplo, lanzándose de contínuo al lugar donde el combate era mas desesperado, allí donde era necesario vencer si no se queria ser vencido.

Soult consiguió su objeto.

Herido su jefe, los ingleses se retiraron en buen órden; parecia que ya desde aquel momento la victoria se inclinaba del lado del francés: Moore vigilaba toda la línea, Moore corria tambien al escape para animar con su presencia á los que cejaban; á su lado se veia volar casi entre el humo del combate, un jóven oficial, que pálido, hermoso, no hacia otra cosa que seguir como una sombra protectora al general en jefe.

Aquel oficial, no habia desenvainado su sable todavía, pero no conocia el miedo aunque apartase horrorizado la vista de los cadáveres y de los heridos para quienes tenia siempre una palabra de compasion: nadie se acercaba con mas dulzura al moribundo que él; nadie le daba la última gota de agua para apagar la desesperadora sed de la muerte, sino él.

En el ejército se le llamaba—¡el angel del general!

Bien merecia este nombre aquel pobre mártir.

Cuando Moore vió derrotada la derecha, se lanzó á contener la fuga desordenada de aquellas tropas; llegó con una brigada de refuerzo; se arrojó al combate con el valor de la desesperacion; y los ingleses, gracias á sus esfuerzos, recobraron el terreno perdido.

Soult entonces enarca las cejas; aquel pequeño Júpiter quisiera tener en semejante ocasion los rayos en su diestra para lanzarlos contra el inglés y aniquilarlo con sola su mirada; pero no pudiendo disponer de otra cosa que de sus soldados, ordena un nuevo ataque general.

La línea francesa avanza atrevidamente; los cercados de las heredades que habia á lo largo del terreno les impide marchar con aquella compacta igualdad que da muchas veces la victoria. El combate se hace general; jamás se habian visto dos ejércitos mas ansiosos de vencer; las cornetas daban la señal de la carga; la caballería francesa cae como una avalancha sobre la reserva inglesa; el cañon suena en ambas líneas, y el mar repite sus estampidos, y la tierra removida al paso de tantos hombres, caballos y carros, y el arenal apenas seco de la última marea se tiñe con la sangre de los combatientes.

Moore recobraba el puesto abandonado poco antes, y se encarnizó el combate de la manera mas cruel: apenas ganado el pinar de Elviña, una bala de cañon llevó el hombro izquierdo del general en jefe.

—¡John! gritó el jóven oficial y se lanzó á sostenerle.

—¡Dejadme! dijo rechazando á los que se acercaban á prestar sus auxilios al general...

—¡Pobre Fanny! murmuró Moore—¡No te lo habia dicho!

—¡John! ¡John! fue lo único que respondió aquella pobre mujer con los ojos llenos de lagrimas.

—¡Sostenme! ¡Quiero ver cómo estamos!

Y Moore se levantó, recorrió con la vista el lugar del combate, y dijo á Hope que se acercó á él para recibir órdenes.

—¡Despues del combate, el embarque! vencidos ó vencedores, no podemos permanecer mas tiempo en España.

—¡Perded cuidado sir!... ¿y vuestra herida? preguntó el veterano dejando caer una lagrima por su mejilla...

—¡Bastante bien, amigo mio! respondió con triste sonrisa el general en jefe.

—¡Señor! dijo entonces el oficial—haced que lo lleven á donde pueda curarse.

—¡Déjame, Fanny! esto ha concluido, un instante mas de vida no hará sino aumentar mi pena al verte sola... ¡mi pobre niña, sola!

Entonces el cañon sonaba sin un momento de intervalo; el combate seguia, ¿qué importaban los que cayeran ya?

Paget que habia sido atacado, vuelve por el honor de su patria y rechaza los dragones de Houssaye; los ingleses contestaban á Soult avanzando en toda la línea, y los franceses, que no esperaban aquel movimiento, empezaron á cejar. Solo la noche pudo salvar de una derrota al orgulloso francés, á quien faltaban ya las municiones y se hallaba en un país enemigo, lejos de todo refuerzo y de todo amparo.

IV.

Mientras el combate seguia, otra escena tristísima tenia lugar, en una casa del canton de .. en la Coruña.

Tendido en un lecho, bañado en sangre casi, Moore contaba por minutos los instantes de vida que le quedaban, y no pedia sino que no alargasen sus últimos momentos.

A su lado Fanny, pálida, azorada, sin valor alguno, tenia entre sus manos las ya heladas del general en jefe: parecia querer darle su calor, su vida. Moore respiraba apenas; su agonía era rápida; sin dolores casi; no se oia mas en la estancia que su interrumpida respiracion y los

GARIBALDI.—MUESTRA DE LAS LÁMINAS DE LA OBRA.

ahogados sollozos de Fanny. Las mujeres de aquella casa hospitalaria la ayudaban en su trabajo, comprendian su dolor, la compadecian, y buscaban todos los medios de que la ternura de la mujer es capaz, para arrancar del lado del moribundo aquella pobre niña; flor batida por los vendabales que resiste un solo momento su empuje, pero que está próxima á ceder y á inclinarse marchita sobre su tallo tronchado.

El dia tocaba á su término.

Los médicos que le cercaban dijeron á aquellas mujeres atemorizadas y tristes á la vista del moribundo:

—¡La noche agravará su posicion!

—¿Y morirá señor? preguntaron ellas con ansiedad.

El médico á quien se habian dirigido, volvió la cabeza y señaló al general en jefe que abria en aquel momento sus ojos, en que la muerte habia tocado ya.

—¡Está muerto!

Moore lanzó un suspiro, apretó entre las suyas las manos de Fanny y murmuró:

—¡El embarque!

Esta última palabra le costó su último aliento; cuando sus labios la balbucearon, Moore no era mas que un cadáver.

Triste es la muerte, pero el general en jefe del ejército inglés, solo podia borrar de este modo la vergüenza y los desastres de aquella tan larga y tan costosa derrota.

Mientras el exhalaba su último aliento, Hope vencia y arrollaba al francés; pero no parece sino que el espíritu de Moore alentaba en el cuerpo del nuevo jefe; apenas la noche fue bastante á cubrir la vergüenza de aquella fuga, Hope cumpliendo con la voluntad de su antecesor, ordenó el embarque. Se asegura que ninguna cosa llevó á cabo el ejército inglés con mas precipitacion; los caballos que no podian entrar á bordo, eran muertos á pistoletazos, y las divisiones que protegian el embarque al mando de los generales Hill y Beresford, murmuraban de su suerte.

Poco importaba que el francés estorbase el embarque con certeros tiros desde las alturas de S. Diego; el inglés estaba poseido de tal pánico, que solo veia la salvacion en sus buques, no parecia sino que los lirios de las olas abandonaban su vida al abrigo cariñoso de su madre la mar.

¡Fanny se embarcó la última! . . . . . .

. . . . . .

Tres dias despues que los ingleses abandonaran la Coruña, esta ciudad se entregó á los franceses. Fiel á sus aliados sostuvo el porfiado cerco que Soult al frente de sus veinte mil hombres habia puesto, en tanto que aquellos no se hallaban á salvo bajo el amparo de su escuadra.

«¡Noble ejemplo,—dice el historiador—rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados por los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda!...» (1)

V.

Desde el triste dia, en que prestados los últimos honores al general inglés, dió Fanny su adios á la ciudad en que quedaban los restos de aquel hombre que lo habia sido todo para ella, nadie supo que habia sido del oficial valiente y compasivo que acompañaba al jefe inglés en sus victorias y en sus derrotas.

Aquel ejército volvió de nuevo á la campaña, pero ya no corria por entre sus filas el jóven oficial de rubios y de rizados cabellos.

Todos ignoraban su suerte.

Durante el embarque tuvo bastante ingenio para ocultar su retiro á todas las miradas y entregarse de ese modo á sus recuerdos y á su dolor.

Dolor grande, intenso, como habia sido su amor; dolor para el que no habia otro consuelo que el olvido. ¡Y ella se complacia en los recuerdos!

Las personas que la conocieron durante los momentos de prueba para su alma, dicen que tuvieron ocasion de verla en 1840, el mismo dia aniversario de la muerte de Moore. Era todavía — dicen los que esto cuentan— una mujer hermosa á pesar de los años, su dolor habia perdido de intensidad, pero en cambio quedaba en su corazon una religiosa constancia hácia aquel amor tan desastrosamente perdido, que podia decirse muy bien que padecia una enfermedad de recuerdos.

Cariñosa en estremo, pero entregada á sus reflexiones, la veian todos los años llegar el mismo dia que el anterior y partir al poco tiempo.

Los últimos años, añaden, traia ya en sus ojos y en su rostro pintada la muerte: la última vez que nos visitó en esta tierra de amargura, estaba ya muerta, apenas tuvo fuerzas para visitar el sepulcro en que dormia el sueño eterno aquel á quien amaba aun despues de tantos años. Al otro dia todos los vecinos de la Coruña sabian que habia muerto una protestante—solo nosotros podemos decir—que murió en la misma alcoba y en el mismo lecho en donde cerca de cuarenta años antes exhalara el último suspiro, el que fuera para ella en el mundo, su primero, su único amor.

MANUEL MURGUIA.

(1) *Historia de la guerra de la Independencia* por el CONDE DE TORENO.

GASPAR Y ROIG EDITORES.

GARIBALDI

SUS AVENTURAS ESPEDICIONES Y EMPRESAS

EN

AMERICA, ROMA, PIAMONTE, SICILIA Y NAPOLES

EN

1834, 1848, 1859, 1860.

OBRA QUE COMPRENDE LOS MAS CURIOSOS EPISODIOS Y LOS HECHOS MAS IMPORTANTES EN EL ÓRDEN MILITAR Y POLITICO DEL ACTUAL DICTADOR DE LA SICILIA.

ESCRITA EN FRANCES

POR MM. O. FERE Y R. HYENNE,

Y VERTIDA AL CASTELLANO

POR D. MANUEL MARIA FLAMANT.

ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TESTO.

Dentro de breves dias se repartirá la entrega primera de esta publicacion, cuyos autores son conocidos en la república de las letras. Estará adornada con buenos grabados, sirviendo de muestra el que va en esta página.

Saldrá á luz por entregas del mismo tamaño, letra y papel que el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*.

Cada entrega constará de ocho páginas de impresion con escelentes grabados; y toda la obra vendrá á tener próximamente treinta entregas.

Se repartirán una ó dos entregas por semana, y á la conclusion se dará gratis una cubierta.

Precio en Madrid, 1 real por entrega.

En provincias 10 cuartos franco de porte.

Es decir, que los suscritores de provincias solo pagarán de aumento 6 maravedises por entrega.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.